LA MAGDALENA TE GUÍE

APUNTE DE SAINETE, EN MEDIO ACTO

ESCRITO POR

CARLOS DE LÁRRA Y FRANCISCO LOZANO

MÚSICA DEL MAESTRO

FRANCISCO ALONSO

Estrenado en el TEATRO APOLO, de Madrid, la noche del 13 de julio de 1920.

MADRID
SOBRINOS DE LA SUCESORA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13. — Teléfono M-651.
1920

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS
N.º de la procedencia

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

A Paco Gallego

que con su inagotable gracia y arte insuperable dió vida a este entremés.

Muy agradecidos

Larra, Lozano y Alonso.

722323

MUCHAS GRACIAS

a todos los artistas que tomaron parte en esta obrita por el acierto y solicitud con que la interpretaron.

Sería injusto no mencionar la labor de la Srta. Saturnini, la cual hizo una verdadera creación en su papel, logrando un triunfo personal e indiscutible. Bien merecido.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA CHICA	SRTA.	SATURNINI.
LA MADRE	»	MOREU.
EL PADRE	SR.	MAURI.
EL CHICO	»	GALLEGO.
EL PADRE DEL CHICO	»	RUFART.
UN HOMBRE	»	FISCHER.
UN CHICO	SRTA.	SUÁREZ.
VARIAS MUJERES	SRTAS.	CERRILLO. DOMINGO. GUTIÉRREZ. ASENSIO. BUFALÁ. GONZÁLEZ.
Y VARIOS CHICOS		

Epoca actual. — Acción, en Madrid.

ACTO ÚNICO

Un tendedero en el Manzanares. Al foro, el río. Tinglados con ropa blanca tendida. Una casa a la izquierda. Ante la puerta, una mesa larga, con un banco a cada lado y algunas banquetas.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se hallarán varias mujeres (lavanderas) tendiendo ropa en las cuerdas. Después, VICENTA (la madre).

MÚSICA

Lav. 1.ª Lavando la ropita
a la orillita
del Manzanares,
muy limpia y muy blanquita
como la nieve la dejo yo,
pues una madrileña,
si ella se empeña,
con sus andares,
al enseñar la enagua
pierde su brillo la luz del sol.

Lav. 2.ª Pa aclarar la ropa, yo,
y para tenderla, tú;
no me hables de amores, no,

porque estás como el betún.
El que me pretenda a mí,
aunque sea muy chulón,
si quiere hacerme tilín,
tengo que darle jabón.

RECITADO SOBRE LA MÚSICA

Lav. 1.ª ¡Eh! Ulogia, que te estás metiendo en mi terreno... ¡Pero qué mala sombra tiés pa el tendido!

Lav. 2.ª Hija, pues tome usté barrera, a ver si le agrada.

Lav. 1.ª ¡Pues no presumes tú ná! Y tó, ¿por qué? Porque aquí, la señora, es lavandera de Palacio. Proveedora de la Real Casa.

Lav. 3.ª Como que la van a hacer duquesa de la Lejía.

Lav. 2.ª ¿Es envidia o nurastenia?

Lav. 1.ª Es espuma de jabón.

Lav. 2.ª ¡So cotilla!

Lav. 1.ª ¡A mí!

(Bronca.) Sale la señora VICENTA, separándolas.

Vicenta. Pero ¿qué es eso de pegarse? Paece mentira que tengáis desavenencias. Ahora que debíais estar todas unidas pa aprobar las bases del Sindicato. Aquí traigo las nuevas tarifas que me acaba de dar la vocala de la Junta.

Todas. ¡Que se lean!, ¡que se lean!

CANTADO

Vicenta. Camisas y pañales
a veinticinco reales.

Lav.ras ¡Qué enormidad!
¡Qué atrocidad!
Cuánto dinero
voy a ganar.

Vicenta. Toallas, camisetas,
a diez y seis pesetas.

Lav.ras Está muy bien,
no rebajar,
pues de este modo
nos vamos a hinchar.

Vicenta. Se suben las enaguas
y los calzoncillos
en un cuarenta por ciento más,
y eso sin abusar.
La ropa de la cama
debéis, al lavarla,
cobrar por ella sin compasión
veinte duros y un jamón.
Se acabó el lavar barato,
pues lo manda
pues lo manda el Sindicato,
¡qué caramba!
Toda lavandera debe unirse
pa vivir con lujo y divertirse.

Lav.ras Se acabó el lavar barato,
etc., etc.

Vicenta. Y cumpliendo el reglamento
que se acaba de aprobar,
una renta vitalicia
llegaréis pronto a alcanzar.
Y en muy buenas condiciones
os podéis ya retirar.

Lav.ras ¿Nos podemos retirar?

Vicenta. Os podéis ya retirar.

Lav. I.a ¡Viva el Sindicato!

Todas. ¡Viva!

(Mutis lavanderas.)

ESCENA II

VICENTA (la madre) y DALMACIO (el padre), el cual sale de la casa leyendo un libro.

HABLADO

Vicenta. Bueno. Yo voy a seguir tendiendo, que entoavía no he hecho ná.

Dalma. (Sale leyendo.) «Así como las ideas fortalecen el alma, el ejercicio físico fortalece el cuerpo; por eso el naturalismo es el único sistema creaor de una raza fuerte y vingorizante.» ¡Mú bien! (Lee.) «A los seres hay que educarlos en un principio de estado salvaje, porque el salvajismo es la idea madre de la educación.» (Entusiasmado.) ¡Qué preciosidaz! Esta frase la suelta este Cataplat en tós sus artículos. «El salvajismo es la idea madre de la educación.» Dizna de que la esculpan en mármóles de Carrara. ¡Qué tío!

Vicenta. Pero ¿aun estás leyendo? ¿Cuándo querrá Dios que te se quite la manía de los libros?

Dalma. Nunca; porque así me alustro, y después da gusto de oírme de hablar.

Vicenta. Con unas palabras, que no hay quien te entienda.

Dalma. Porque el pueblo español está inculto y no se ocupa más que de política y de las susistencias, lo cual es de una vulgaridaz deleznable... Yo no soy como otros, que llevan siempre en el bolsillo *El Motín* y *El Cencerro*... ¿Por qué no llevo yo *El Cencerro*?... Porque no debo llevarlo, porque critica al clero.

Vicenta. Claro.

Dalma. ¡Clero! Yo leo el *Pitorial Revieu*, que es lo más elegante, y además habla de cosas que interesan, como es el naturalismo.

Vicenta. ¿Que interesan? Lo que debía interesarte es el lavadero; que le tienes abandonao y no te ocupas de ná, ni aun de la familia. Ahí tiés a tu hija, hecha una galocha, tóo el día correteando por el campo con una pandilla de granujas que no hay quien la sujete, y tú tiés la culpa, por haberla descuidao.

Dalma. ¡Chist! Alto ahí. Eso sí que no lo consiento. Yo no he descuidao a mi hija; lo que he hecho es educarla por el sistema naturalista. Antes, la pobre estaba de amarilla que parecía talmente un flan, con una anemia debilitante que la consumía. Necesitaba aire, ventilación, oxigéno, y dende que lo ha probao, miala como s'ha puesto, que da gusto de verla, con unos colores que es propiamente un queso de bola por fuera.

Vicenta. Y por dentro un carretero; porque miá que está salvaje.

Dalma. ¡El naturalismo!

Vicenta. Además, se ha vuelto desobediente, holgazana y deslenguá.

Dalma. El naturalismo.

Vicenta. Y no la mandes ninguna cosa, porque te dice que no la da la gana de hacerlo, con la mayor frescura.

Dalma. El naturalismo.

Vicenta. ¡El naturalismo! ¡La poca vergüenza! Que es un bochorno que, con catorce años que tiene, no sepa pegar un botón, cuando ya muy bien podía ganarse un jornal en cualquier taller trabajando.

Dalma. ¿Trabajar? ¡Ja, jay! Mi chica no trabaja hasta los treinta u los cuarenta años.

Vicenta. ¿Por qué?

Dalma. Porque necesita completarse en su educación física; tié que aprender antes el boxeo, lo cual es indispensable, y después la daré una carrera.

Vicenta. ¿Y a qué la vas a dedicar?

Dalma. A la telegrafía sin hilos y a que estudie el cipayo, que, según me han dicho, es una lengua muy bonita y que la van a hacer universal; y con eso ya tié su porvenir hecho.

Vicenta. ¡Valiente educación! Perder tanto tiempo en inútil.

Dalma. Cuidado que eres cerril. Si no he podido educar a la madre en veinticinco años, ¿cómo voy a educar a la hija en catorce?

Vicenta. ¡Estúpido!

Dalma. ¡Analfabética! (Se oye dentro el disparo de un cohete y el prolongado aullido de un perro.) ¿Qué pasa?

Vicenta. ¡A ver! (Mira a la derecha.) ¡Ella tenía que ser!

Dalma. ¿Quién?

Vicenta. La Madalena, que está con esos golfos haciendo de las suyas. Voy a cogerla del pelo y a traerla a rastras. ¡Chica! ¡Chicaaaa! (Mutis derecha.)

Dalma. No me la malogres, no me la malogres.

ESCENA III

DALMACIO (el padre), VICENTA (la madre) y MAGDALENA (la chica).

Vicenta. (Trayendo cogida del brazo a MAGDALENA, que pugna por escaparse.) ¡Ven acá, condená! ¡Ven acá!

Magda. ¡No quiero, no quiero! ¡Que me suelte usté, madre!

Vicenta. ¡Te voy a soltar! (A Dalmacio.) ¿Sabes lo que han hecho estos desalmaos? Pos que le han cortao las orejas al perro del señor Liborio, y encima l'han puesto un cohete en el rabo.

Magda. (Se ríe escandalosamente.) Me se ha ocurrido a mí.

Dalma. ¡Hombre! ¡Tié gracia!..

Vicenta. Reírsus encima. ¡Qué poca concencia tenís! Y tú, so gamberra, miá que te tengo dicho veces que no quiero que te ajuntes con el Cabezota y esos otros sinvergüenzas. El día que te vuelva a ver con ellos, te voy a matar, te voy a matar. (Zarandeándola.)

Dalma. No me pegues a la chica.

Vicenta. Me da la gana.

Magda. Déjela usté, padre, que me pegue, que no me hace daño.

Vicenta. ¿Que no te hace daño? ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!... (La pega fuertemente. Magdalena se ríe como antes.) ¡Pero miá que es sinvergüenza! La pego fuerte, y entoavía se ríe.

Magda. ¡Como que me hace usté cosquillas! ¡Je, je!

Dalma. ¡El naturalismo!

Vicenta. Miála cómo se ha puesto el delantal, limpio de esta mañana. ¡Una asquerosidá! ¿Por qué no te lo lavas?

Magda. ¿Yo, pa qué? Pudiendo usté lavármelo...

Vicenta. Pero ¿has visto qué contestaciones?

Dalma. Déjala, mujer, déjala. Si está en la edá. Oye, Madalenita, rica: ¿me has traído la cajetilla que te encargué endenantes?

Magda. Sí, padre; aquí la tengo. (Se levanta la falda, sacando de la faltriquera una cajetilla.) Tómela.

Dalma. Pero oye, oye: si faltan diez pitillos.

Magda. Me los he fumao yo.

Vicenta. ¿Tú?

Magda. Sí, señora; y me he tragao el humo. ¿Quié usté verlo?

Dalma. ¡Qué graciosa!

Vicenta. ¡Es lo único que me faltaba ver en los días de mi vida! ¡Quítate de mi vista, galocha, quítate! (Señalando el cesto de la ropa.) Anda, coge eso.

Magda. ¿El qué?

Vicenta. La cesta.

Magda. No, señora.

Vicenta. ¿Por qué?

Magda. Porque no quieo quebráme.

Vicenta. ¿Pero tú oyes esto?

Dalma. Tié razón la chica. Eso es antihigiénico.

Vicenta. ¡Tú tiés la culpa de tó! ¡De tó, y de tó, por consentirla! (A Magdalena.) Anda, anda pa dentro, gandula, que te voy a encerrar, y no vas a salir de casa en un mes.

Magda. Me escaparé por la ventana. Esta tarde mismo estoy comprometía pa ir con los chicos a una pedrea.

Vicenta. ¿A una pedrea? ¡Veremos si sales!

Magda. No tengo más remedio, porque he de escalabrar a cinco u seis.

Vicenta. ¿Y tú la escuchas con calma? ¿Y tú lo consientes?

Dalma. ¡Claro que lo consiento! ¿No ves que lo recomienda el naturalismo?

Vicenta. ¡Ay, ay, ay!.. ¡Entre los dos vais a quitarme la vida!... ¡La vida!... Pero yo, a ti, antes te esnuco, te esnuco... (Amenazándola.)

Magda. Que le doy a usté un regate.

Dalma. Anda, sí, regatéala. (Magdalena coge de la cesta de la ropa una toalla, toreando a Vicenta.) ¡Olé!

Vicenta. (Persiguiéndola.) Ven acá, perdida... (Magdalena marca una verónica.)

Dalma. ¡Ooole!

Vicenta. Ven acá, gandula.

Magda. (Marca un farol, inicia un recorte y hace mutis por la casa, soltando la carcajada.) ¡Je, je, je!...

(Vicenta hace mutis, persiguiendo a Magdalena y dando gritos desaforados.)

Dalma. (Agitando el pañuelo.) ¡La oreja, la oreja! ¡Esto, esto es saber criar hijos! El salvajismo es la idea madre de la educación. En fin, vamos a seguir ilustrándonos. (Lee.) «Método de hacer gárgaras por el sistema naturalista...»

ESCENA IV

DALMACIO, FLORO (el padre del chico). Después CASILDO (el chico).

Floro. ¡Dalmacio!

Dalma. ¡Floro! ¡Y que m'alegro de verte! (Se abrazan.)

Floro. ¡Lo mismo digo!

Dalma. ¿Cómo tú por estos andurriales?

Floro. Recreo y perseverancia. He bajao a la huerta a dar un vistazo a los melones, y me he dicho: «Voy también a ver a Dalmacio.»

Dalma. Se agradece.

Floro. ¿Y la Vicenta?

Dalma. Por ahí dentro anda con la chica. ¿Y el tuyo?

Floro. (Mirando en derredor.) ¡Ya me s'ha perdío otra vez!

Dalma. Pero ¿lo has traído?

Floro. Se debe haber quedao atrás comprando cacagüés. ¡Mírialo! ¡Allí está! (Señala a la derecha.) ¡Casildo!... ¡Atontao! ¡Ven! Tengo que llevarle siempre de la mano pa que no me se extravíe. ¡Como es tan apocao!... ¡Oservación y paradojismo!

(Sale Casildo, que es un muchacho de trece años, con cara de asustado. Va vestido de «explorador»,

con las piernas al aire, y en la mano lleva un palo largo. Al andar parece que se dobla. Viene comiendo cacahuets) ¡Aquí le tiés de «buey escut»! Ha estrenao hoy el traje.

Dalma. ¡Está mu mono! ¡Si tiés ya un mocetón!

Floro. (A Casildo.) ¿Cómo se dice? ¡Buenos días!

Casildo. (Con voz atiplada.) ¡Buenos días!

Floro. ¿Cómo está usté?

Casildo. (Repitiendo.) ¿Cómo está usté?

Dalma. Bien. ¿Y tú, hombre?

Floro. Bien, gracias.

Casildo. Bien, gracias.

Floro. Anda, cántale el hizno.

Casildo. (Da unos pasitos adelante y hacia atrás, y se arranca, por fin, cantando con música del himno de los exploradores.)

Caricia y besos
de amor y brisa
como sonrisas
de amanecer,
nuestra bandera sigue adelante...
nuestra bandera sigue adelante... (Dudando.)
nuestra bandera sigue adelante...

Dalma. Mira, rico, no sigas adelante, porque te vas a perder.

Floro. ¡Ya te s'ha olvidao! ¡Mira que eres torpe! Anda, cuéntale al señor Dalmacio lo que haces de «buey escut».

MÚSICA

Casildo.

Aunque soy tan chiquitito,
ya soy niño explorador,
y con este trajecito
soy talmente un bibelot.
Cuando salgo por la calle
con un aire muy marcial,
todo el que me ve me dice,
cuando paso: ¡Qué morral!

Floro. Este chico está alelao.
Dalma. Es un grillo disecao.

RECITADO

Casildo. Ayer, una vecina me echó un piropo, y, examinándome la pértiga, me dijo una cosa que hasta el pañuelo se me puso colorao.

CANTADO

Con mi güito
y el pañuelo
y con los zapatitos
y el bastón,
voy aún más satisfecho
que si yo mandara un batallón;
más derecho yo me estoy
que una caña de bambú,
y si alguno a mí me llama,
yo le digo: ¡Voy!
Floro. ¡Voy!
Dalma. ¡Voy!
Casildo. ¡Boy escut!

Casildo. Yo me subo a Siete Picos
y hasta el Alto del León,
y me tiro veinte cuestas
y me cuesta un sofocón.
Anteayer, al Comendante
creo que le oí decir
que al Puerto de Guadarrama.
tengo que subir, subir.
Floro. ¡Que paseo tan pesào!
Dalma. Cuando llegues l'has diñao.

RECITADO

Casildo. Y no crean ustés, que me ocurren la mar

de peripecias. El otro día, al ir a cruzar un precipicio, fué un chico y me quitó la cuerda.

Dalma. ¿Y tú qué hiciste, rico, sin cuerda?

Casildo. Pos me quedé parao...

CANTADO

Con mi güito
y el pañuelo, etc., etc.

HABLADO

Floro. ¿Qué te ha parecido?

Dalma. Mu bien; pero sentarsus.

Floro. Voy. (Coge una banqueta y sienta al chico.) Siéntate aquí, y que no te me manches el traje. Se lo he comprao ná más pa retratarle. (Se sienta en otra banqueta.)

Dalma. ¡Como que está hecho un cromo! ¡Vaya con Floro!...

Floro. Pos ya lo ves, Dalmacio. Ecuanimidaz y adocenamiento. ¿Y tú, qué t'haces?

Dalma. Pos aquí me estaba leyendo este libro. Fíjate. (Mostrándole el libro.)

Floro. (Leyendo.) «Influencia de los guisantes en la época de los fenicios.»

Dalma. ¡Eso, eso es lo que debía leer la humanidaz, y no esos novelones que son de una prevesión corrutible!

Floro. Tiés razón. ¡Pulimentación y altruísmo! (A Casildo.) ¿Ya estás otra vez con las narices? ¡Qué poco te se conoce que has estao en los escolapios! Trae p'acá que te suene; dispensa, Dalmacio. (Saca su pañuelo y le suena las narices a Casildo, el cual, al apretar, parece una trompeta.)

Dalma. ¡Gachó! Te has traído la Sinfónica.

Floro. Si es que este chico es más inútil... Bueno, tiés que dispensarle, porque hay

que ver lo que el pobre tié encima. Se me va, Dalmacio.

Dalma. ¿Dónde? (Floro echa una bendición.) ¿A decir misa?

Floro. ¡Desahuciao!

Dalma. Pero ¿qué le pasa?

Floro. ¡El mejor día nos da un desgusto!... Nurastenia y fofez.

Dalma. De eso te tiés tú la culpa. Mi chica estaba peor que el tuyo, anémica y encanijá, hasta que un día la solté el ramal, la eché a pastar, y, miála, fuerte y con más músculo que don Maurice de Riaz.

Floro. Es verdá.

Dalma. Así, pues, si tú quieres, le dejas pastar con ella, y yo te aseguro que mi Madalena, en un santiamén, te le espabila y te le vuelve la saluz.

Floro. ¡Discreción y metáfora!

Dalma. Ahora, que se tié que hacer salvaje.

Floro. Eso es lo de menos. (Durante este diálogo, Magdalena habrá salido de la casa y lanzado dos o tres chinitas, con un tirador, a la cabeza de Casildo, escondiéndose cada vez que lo hace. Al fin, Casildo no puede contener el dolor y empieza a llorar como un cordero.) ¿Qué te pasa?

Casildo. (Haciendo pucheros.) ¡Que m'han achagao!

Floro. ¿Quién?

Casildo. No sé; ¡be, be!...

ESCENA V

Dichos y MAGDALENA

Magda. (Saliendo.) ¡He sido yo! ¡Je, je!

Dalma. ¡Magdalena!

Floro. ¿Tú?

Magda. ¡Con este tiraor...!

Dalma. ¡Qué mala eres!

Floro. (A Casildo.) ¡Amos, no llores, que no ha sío pa tanto! (Casildo cesa de llorar espontáneamente. A Magdalena.) ¿Me das un beso, rica?

Magda. ¡Qué más quisiá usté! ¡Uh! (Le saca la lengua, haciéndole burla.)

Dalma. ¿Ves? ¡El salvajismo!

Floro. Este es mi chico. Te lo he traído pa que juegues con él.

Magda. ¡Je, je! ¡Qué cara de primo tiene! (Le amaga. Casildo se asusta.)

Floro. A ver si tú le espabilas.

Magda. ¿A este pasmao?

Floro. Y tú, Casildo, ya lo sabes: que la Magdalena te guíe, que ella te pondrá bueno.

Dalma. ¡Ya lo verás!

Floro. (A Dalmacio.) Anda, vamos a ver la Vicenta. (A Magdalena y Casildo.) Ahí sus quedáis, que no regañéis: paz y longa...

Dalma. ¿Eh?

Floro. Y longanimidaz.

Dalma. Oye, ¿sabes que estás muy estruído?

Floro. ¡Como que hablo en tropo!

Dalma. ¡Sagerao! (Mutis los dos por la casa.)

ESCENA VI

MAGDALENA y CASILDO. Finalmente, EL CABEZOTA (un chico).

Magda. (Se miran unos momentos fijamente sin hablarse. Al fin, rompe ella.) ¿Cómo te llamas?

Casildo. Casildo.

Magda. ¡Qué nombre más feo!

Casildo. Y tú, ¿cuántos años tienes?

Magda. Catorce.

Casildo. ¿Cuándo los cumples?

Magda. Tóos los años una vez; cuando mi madre me lo dice.

Casildo. ¡Qué tonta! ¡Ja, ja!

Magda. ¡Si te doy una bofetá, te entierran hoy!

Casildo. ¡Chica, qué vas a pegarme a mí, si soy de la Ginástica!

Magda. Aunque seas de la Manigua.

Casildo. No te enfades. ¿Tienes muchas amiguitas?

Magda. Ninguna. Las chicas son tontas. Me gustan más los chicos, y contra más brutos, mejor. Tengo la mar de amigos. «El Riñones», «El Malhablao», «El Manoslargas» y «El Cabezota».

Casildo. ¡Uy! ¡«El Cabezota»!

Magda. Es el chico que más me gusta, y él no quiere que juegue con los otros; y en cuanto me ve con uno... (Acción de pegar), ¡pim, pam, pum!, hasta que se queda solo.

Casildo. ¡Adiós!... (Medio mutis.)

Magda. ¿Dónde vas?

Casildo. Con mi papá.

Magda. (Deteniéndole.) Ven acá; ¿tiés miedo?

Casildo. Regular...

Magda. ¿Eres cobarde?

Casildo. Pa los chicos, sí; pa las chicas, según caigan las pesas.

Magda. Oye, oye, explícame eso. ¿Sabes picardías?

Casildo. Sabía dos; pero me s'han olvidao.

Magda. ¿Y dónde las has aprendido?

Casildo. En sueños.

Magda. Pero ¿tú sueñas?

Casildo. ¡Anda! Todas las noches. El otro día soñé que hacía un viaje al cielo en burro.

Magda. ¡Qué animal! ¿Y qué te pasó?

Casildo. Pos cuando yo llegué, estaba San Pedro barriendo la puerta. «Hola, pollo —me dijo, al verme—. ¿Qué te trae por aquí?» «Pos ya ve usté, que me ha dao permiso mi papá.» Y fué y me dijo: «Me has sido tan simpático, que voy a hablar con el

Santo Padre Todopoderoso pa que te deje pasar.» Y yo le contesté: «Pos vaya usté con Dios.»

Magda. ¿Y te dejó entrar?

Casildo. ¡Ya lo creo! Y me presentó al Señor, que es un señor muy simpático, y a tóos los Santos.

Magda. ¿Y q'hacen por allí?

Casildo. Lo mismo que por aquí, poco más, poco menos; San José está de alcalde.

Magda. ¿De alcalde?

Casildo. Es el que tiene la vara. San Lesmes es zapatero; San Urbano, guardia; San Claudio, hecho un ciruelo, y San Roque, dormido. A quien no pude ver fué a San Juan Nepopuceno y a Santa María, porque estaban enfermos.

Magda. ¿Y qué tenían?

Casildo. San Juan estaba malo del estómago.

Magda. ¿Y Santa María?

Casildo. Santa María, de la cabeza.

Magda. ¡Ahí va! Bueno, ¿quiés que juguemos?

Casildo. ¿A qué?

Magda. Vamos a jugar a que éramos novios.

Casildo. ¿Y qué saco yo de eso?

Magda. ¡Anda éste! No hemos empezao las relaciones, y ya quiés sacar algo.

Casildo. ¿Cómo se juega a eso?

Magda. Pues tú me dices cosas..., lo que te se ocurra. Anda, dime algo.

Casildo. (Después de pensar.) ¡Qué buen día hace!

Magda. Bueno, y yo voy y te digo: Usté viene equivocao.

Casildo. ¿Que no hace buen día?

Magda. Usté viene equivocao; yo soy una señorita.

Casildo. Y yo un señorito.

Magda. Y tú vas y me coges la mano. Y yo voy y me dejo. Anda, cógemela. Y tú me quieres dar un beso.

Casildo. Yo, no.

Magda. Y yo me ruborizo, y bajo los ojos..., y tú me sujetas a traición y me robas el beso. ¡Anda, róbamelo!

Casildo. No; porque el robar es pecao...

Magda. Si es pa que yo te diga: ¿por quién me ha tomao usté a mí?

Casildo. Por una sinvergüenza. (Magdalena le da una bofetada muy sonora.) ¡Ay! ¡Qué burra eres! ¡Ya no juego, ea!

Magda. Mejor; llamaré al Cabezota; ese sí que me los roba de veras. ¡Es más atrevido! Ayer me arreó un pellizco en esta pantorrilla...

Casildo. ¿Y pa qué?

Magda. Dice que son cariños; pero me hizo un daño... Te voy a enseñar el cardenal. (Levantándose la falda hasta la rodilla y disponiéndose a bajarse la media.)

Casildo. ¡Chica, tapa eso!

Magda. Si es pa que veas lo bruto que es.

Casildo. Bueno, ¿a qué jugamos ahora?

Magda. Al paso. Tú te quedas.

Casildo. ¿Y tú te vas?

Magda. Tú te quedas, poniéndote así, y yo salto por encima.

Casildo. ¿Y si se te enredan las faldas?

Magda. Me las recojo.

Casildo. Tóos tus juegos son de lucirlo tóo. ¡Tampoco me gusta!

Magda. Entonces, vamos a bailar un fox-terrier.

Casildo. Yo no sé bailar.

Magda. Yo te enseñaré. Atiende.

MÚSICA

Magda. Si quieres que te enseñe a bailar el fox-
[terrier,
un baile muy finolis que tié mucho que
[ver,

has de poner el cuerpo un tanto derren-
[gao,
igual que si tu padre te hubiera solfeao.
(Le pega en la cabeza.)

Casildo. Oye, tú, ten cuidao
no me des en la cabeza,
que esta tarde me han pelao.

Magda. Mírame, fíjate
qué aire americano
más gitano
doy al baile.
Fíjate bien en mí.

Casildo. Pa bailar ese fostrote
hay que ser mesieur Blondin.

RECITADO

Magda. A ver cómo lo haces tú ahora.

Casildo. Pues verás...

CANTADO

Casildo. Primero pongo el cuerpo con suave lan-
[guidez,
igual que si tomara diez copas de jerez.
Y andando así, a saltitos, con mucha
[gravedaz,
me agarro a la pareja, de esta confor-
[midaz. (La abraza.)

Magda. Oye, tú, ¡so pasmao!,
que te pongo las narices
como un cascabel pisao.

Casildo. Mírame, fíjate
qué aire americano
más gitano
doy al baile.
Fíjate, qué pichú.

Magda. Pareces un monigote
de esos que hay del pim-pam-pum.

Magda. Ven p'acá. (Bailan juntos.)

HABLADO

Casildo. (Al terminar el baile, cae al suelo.) ¡Ay! ¡Que me he mareao! Cógeme.

Magda. ¡Quita! (Corriendo hacia el foro.)

Casildo. Pero ¿qué repenterre te ha dao?

Magda. (Muy contenta, mirando hacia el río.) ¡Ay, el jilguero, el macho!

Casildo. ¿Qué macho?

Magda. El de la hembra que cogimos ayer. Allí está, en aquellos juncos que ha untao el Cabezota con liga. ¡Ay, ya se ha pegao, ya es nuestro! ¡Cógemele!

Casildo. ¿Pero cómo?

Magda. ¡Maldita sea! Si no estuviera ahí mi madre, iba yo! Voy a llamar al Cabezota...

Casildo. (Asustado.) No, no.

Magda. Pues cógemelo tú.

Casildo. ¿Tirándome al agua?

Magda. Ponemos este banco largo; yo me siento encima para que no se venza, y tú pasas por él.

Casildo. ¡Claro! Y te levantas, y me doy un baño.

Magda. ¡Si estuviera aquí el Cabezota!

Casildo. ¡Y dale! ¡Venga el banco!

Magda. ¡Olé los hombrecitos! (Coge el banco y lo coloca a la larga, hacia el río, sentándose en una punta. Casildo se sube a él, y empieza a andar por encima con gran miedo y guardando el equilibrio con dificultad.)

Casildo. ¡Pero no te vayas a levantar!

Magda. ¡Que no! ¡Anda!

Casildo. ¡Ay, que se me va la cabeza!

Magda. ¡De prisa, de prisa!

Casildo. ¡Ya llegué! ¡Ya está aquí el jilguero!

Magda. ¡Tráele! ¡Tráele! ¡Vuelve!

Cabez. (Saliendo de pronto por detrás de la casa y dando un empujón a Magdalena, que se levanta. El banco se vence, y cae Casildo al río.) ¡No trae billete de vuelta!

Casildo. ¡Ay!...

Magda. ¡El Cabezota!

Cabez. ¡Pa que juegues con otro! (La sujeta y le da besos en la cara.) ¡Toma, toma y toma!

Magda. ¡Espera! ¡Traicionero! ¡Espera! (Sale corriendo el Cabezota, y Magdalena detrás tirándole piedras.)

ESCENA VII

CASILDO en el río; VICENTA, DALMACIO y FLORO saliendo de la casa.

Casildo. ¡Socorro!... ¡Que me ahogo!... ¡Papáaa!...

Vicenta. ¿Qué es eso?

Floro. ¡Ay, mi Casildo! ¡Que s'ha caído al río!

Dalma. No t'asustes; baño de impresión. Eso es mu sano.

Vicenta. ¿Dónde está la chica?

Dalma. ¡Ven, monín! Eso no ha sido ná. No te apures. (Coloca el banco, y pasa por él, trayéndole a escena.)

Vicenta. ¡Miá qué facha!

Dalma. ¿Qué te han hecho, rico?

Casildo. (Que sale chorreando y estornudando sin cesar.) ¡Achís!... El Cabe... ¡achís!... zota, que ha quitao el... ¡achís!... banco.

Floro. ¡Maldita sía! Has estropeao el traje.

Dalma. Déjalo; eso es bueno pa las tercianas.

Casildo. ¡Además, me lo he manchao de ba... ba... barro!

Dalma Anda, rico, no hagas más pucheros, y ve adentro a enjugarte.

Floro. Sí, vamos.

Dalma. (A Vicenta.) Anda tú con ellos.

Casildo. Me las paga... ¡achís! el Cabe... zota, zota. (Entra en la casa acompañado de Vicenta y Floro.)

Dalma. ¡Qué malos son los chicos!

ESCENA VIII

DALMACIO y TARTANA (un hombre).

Tartana. ¡Señor Dalmacio!

Dalma. ¿Qué te trae, Tartana?

Tartana. Pos ya ve usté: que hará pa seis minutos que estaba yo en el abrevadero, cuando de pronto vi que su hija, la Madalena, acompañá de una estaquita, que era talmente una cucaña, había roto las hostilidades con el Cabezota y otros cuatro o cinco golfos, y los estaba haciendo ca verdugón como los dedos de mi mano.

Dalma. ¡Ele mi chica! (Con regocijo.) ¡Orgulloso de mi paternidad!

Tartana. Pero el caso es que el Cabezota, aprovechando un descuido de ella, la sujetó por detrás, la echó la zancadilla, la quitó la cucaña, dejándola indefensa, y allí se quedaban los cinco vareándola como si fuera un colchón de borra o miraguano.

Dalma. ¿A mi hija? ¡Ah, granujas! ¡Pronto! ¿Ande es el lugar de la acción? ¡Vamos a escape! ¡Vicenta! ¡Floro!

ESCENA IX

Dichos, VICENTA y FLORO.

Vicenta. ¿Qué te pasa?
Floro. ¿Qué te ocurre?
Dalma. ¡Que a la chica la están picando pa albondiguillas esos golfos!
Vicenta. ¿Qué dices?
Dalma. ¡Maldita sía!
Vicenta. Vamos corriendo a salvarla.
Floro. Diznidad y hecatombe.
Tarta. Están en el abrevadero. (Salen todos corriendo.)

ESCENA X

CASILDO, por la casa, después de haber quedado la escena sola un momento. A poco, MAGDALENA, EL CABEZOTA y cuatro chicos.

Casildo. ¿Qué habrá pasao? Se han ido tóos y me han dejao a medio secar. ¡Vaya unos juegos más salvajes que tié la Madalena! Y el caso es que me gusta; es así tan vivaracha y tié unos colores..., que si no fuera yo tan corto... (Ruido, dentro, de voces de chicos, entre ellas, sobre todas, la de Magdalena como riñendo.) ¡Anda, ya está ahí! ¡Y viene regañando como siempre! (Una piedra, tirada desde dentro, le da.) ¡Arrea! ¡Ya lo creo que arrea! Ná, que voy a tener que salir con chichonera. (Otra piedra.) ¡Estarsus quietos, que yo no juego ahora, que estoy en barrera! ¡Como vaya! (Va a avanzar, y retrocede.) ¡Maldita sea!... ¿Pa qué seré tan

miedoso? (Gimoteando. Más piedras.) ¡Ya escampa! ¡Que sus estéis quietos, que voy!... ¡Papá, papá!... (Se oculta en la casa. Las piedras arrecian, y en medio de un diluvio de ellas aparece Magdalena, de espaldas al público, como retrocediendo huyendo de los chicos. Viene en enaguas, y de la falda sólo conserva la cinturrilla y un pedazo de regular tamaño colgando de ella; trae una sola alpargata, y el otro pie descalzo, con una media llena de remiendos de varios colores; la blusa, hecha jirones; la cara, arañada; el pelo, suelto, etc. Durante unos instantes se defiende de los que la acometen, tirándoles piedras, que va recogiendo del suelo; pero poco a poco va retrocediendo hasta llegar cerca de la casa, y cuando va a entrar, salen el Cabezota y otros cuatro golfos, la sujetan y empiezan a pegarla. Ella llora y ellos se ríen. De pronto sale de la casa Casildo, da dos o tres carreras, como poseído de una fuerza impulsiva, nerviosa, y, al fin, agarra al Cabezota por el cuello, le sujeta la cabeza bajo su brazo, y con la otra mano cerrada le frota rápidamente el pelo. Los golfos huyen.)

Cabez. ¡Ay, ay, ay!

Magda. ¡Duro con él, duro con él!... (Medio riendo y llorando y quitándose los pelos de la cara.)

Cabez. (Logrando desasirse y huyendo.) ¡Ay mi cachola! ¡Ay mi cachola!... (Casildo, sin darse cuenta de que el Cabezota se le ha ido, sigue con el mismo movimiento nerviosamente.)

Magda. ¡Eh, tú, para, para!... ¡Que paece que te han dao cuerda!... (Casildo se da cuenta, y cesa. Los dos quedan mirándose fijamente un momento. Ella suelta la carcajada, y él adopta su habitual actitud de «pasmao».)

ESCENA XI

MAGDALENA Y CASILDO

Magda. ¡Chico! ¡Paece mentira! ¿Qué te ha dao pa ser tan valiente?

Casildo. Un miedo horroroso.

Magda. ¿Miedo? ¿Y has podío al Cabezota?

Casildo. Es que, sin saber cómo, de que te yi llorando, me entró una cosa así como ceguera, y he salido...

Magda. Te has portao como un hombrecito.

Casildo. Pero ¿tú qué te creías? Di que esto no me da a mí siempre; pero yo a ningún chico tengo «canguis».

Magda. ¡Adiós, Cascorro!

Casildo. ¡No te pitorrees, Madalena!

Magda. ¡Me da la gana! ¡Es que, por un casual, te figuras que porque el Cabezota se ha asustao, te voy a tener yo miedo? ¡Amos, te daba así!

Casildo. ¿A quién, a quién?

Magda. ¡Anda, y me desafía! ¡Prepárate, gallina!

Casildo. ¡Madalena, miá que ya no soy el de antes! ¡Miá que estoy por dentro hecho una fiera!

Magda. (Tirándole un pedrusco, sin darle.) ¡Ahí te va esa china!

Casildo. (Con guasa, en jarras.) ¡Miá que me vas a dar, Madalenita!

Magda. (Rabiosa.) ¡Ah! ¿Lo tomas a chunga? Ahora verás. (Coge la tranca que habrán dejado en el suelo los chicos, y yendo a darle.) ¡Defiéndete!

Casildo. (Quitándole el palo y sujetándola, como el Cabezota, en la escena VI. La da besos como él.) ¡Toma, toma, toma!...

Magda. (Furiosa.) ¡Quita!... ¡Quita!... (Cariñosa.) Quita... (Se abandona en sus brazos con ruborosa coquetería, y él sonríe satisfecho, adoptando una postura de triunfo.)